

"¡Ay de los pueblos que no marchan!"

***Sarmiento, su familia y el pasaje del antiguo al nuevo
régimen***

Por Diego Valenzuela

Profesor: Tulio Halperín Donghi

Copyright 2008

Proyecto Gutenberg – Ambas Américas

www.ambasamericas.net

"Comenzó a enseñarme a leer mi tío a la edad de cuatro años; fui su monaguillo durante mi infancia, y en los últimos años de mi residencia en San Juan su sobrino predilecto, atributo que conservo, sin duda, hasta hoy, si no es que el pobre viejo, sobre cuyos nervios obra tan fácilmente el miedo, no se lastimara de verme expuesto a quedar un día en las astas del toro, como les ha sucedido a tantos otros que han pagado caro tener un alma más bien puesta que la del afortunado tirano que me fuerza a contar todas estas cosas".(1)

En *Recuerdos de provincia*, escrito en 1850, Domingo Faustino Sarmiento sale a defenderse. Ya lo había hecho antes con *Mi defensa*, solo en esta segunda ocasión le habla al público en general y no a una persona en particular.(2) Como se sentía injustamente atacado, y no soportaba que lo despreciaran, se decide a hacer un repaso narrativo de su vida y de la de su familia con la intención de poner al descubierto todos sus secretos y, de esta forma, transparentar su pensamiento. Para entonces era Sarmiento un protagonista destacado de la vida pública chilena. Con esmero, angustia y no pocos escándalos, el joven sanjuanino se había ganado un lugar de privilegio en el país trasandino. Basta con recordar algún suceso para ejemplificar lo intenso de su relación con Chile. Por ejemplo cuando, tras la acumulación de fastidio que le produjeron ciertos cortocircuitos con diversos personajes chilenos, Sarmiento decide tomarse una revancha final: "*Un día la exasperación tocó el delirio; estaba frenético, demente, y concebí la idea sublime de desacierto de castigar a Chile entero, de declararlo ingrato, vil, infame. Escribí no se que diatriba; púsele mi nombre al pie, y llevéla a la imprenta "El Progreso" (...) hecho lo cual me retiré a casa en silencio, cargué las pistolas y aguardé a que estallase la mina que debía volarme a mí mismo (...) Las naciones pueden ser criminales y lo son a veces*" (Rec..., p.15). Lo salvó de la tormenta Antonio Jacobo Vial, quien rescató el artículo antes de que fuera impreso. Luego otros chilenos, en actitud comprensiva, se acercaron a su casa y lo hicieron recapacitar. Sarmiento reconocería luego que ese

episodio le enseñó a ser más tolerante: *"El público y el escritor se han educado recíprocamente"* (Rec..., p. 157).

Como trasfondo de esta tensión estaba el tema de la extranjería de Sarmiento. No pocos le criticaban la intromisión en los asuntos chilenos desde su posición de extranjero. Sarmiento no se detenía y llamaba a esto "exclusivismo nacional". Cuando conoció a Manuel Montt, entonces ministro y jefe del partido conservador, Sarmiento le planteó las dudas que le generaba el hecho de ser extranjero. *"Las ideas, señor, no tienen patria"*, relata Sarmiento que le contestó Montt, para luego agregar: *"Desde aquel momento quedaba allanado, entre nosotros, y echado el vínculo que debía unir mi existencia y mi porvenir al de este hombre"* (Rec..., p. 147). Montt sería luego amigo y protector de Sarmiento.

Uno de los temas más presentes en *Recuerdos de provincia* es, sin dudas, la preocupación y el interés que generaba en Sarmiento el pasaje del antiguo al nuevo régimen. La revolución de 1810, la caída del Estado colonial y la crisis en la sociedad que este proceso originaba no hacían más que plantear nuevos dilemas. Para colmo, a juicio de Sarmiento, Juan Manuel de Rosas había instalado en Buenos Aires un sistema con rasgos de "antiguo régimen". A través de la historia de su familia Sarmiento parece plantear los conflictos y los desafíos que despierta la etapa que se avecinaba: la del progreso y el republicanismo. La historia de su infancia y adolescencia surge como una historia "colonial" en tránsito hacia lo nuevo. Y su familia aparece como una metáfora de ese pasaje: tiene arraigo en la sociedad de *antiguo régimen* pero se proyecta hacia la nueva sociedad. Él mismo se presenta como emergente de esa evolución: un joven de una aldea pobre,(3) autodidacta,(4) que consigue llegar a "examinador universitario".(5) Su identificación con Benjamin Franklin no hace más que reafirmarlo: *"Yo me sentía Franklin; ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor ad honorem como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americana"* (Rec..., p. 125).

El derrumbe de la sociedad colonial

Resulta claro que Sarmiento consideraba que sin progreso las sociedades corrían el riesgo de desaparecer. Es lo que justamente pretende remarcar cuando cita el caso de los huarpes. Al llegar los conquistadores a la tierra que éstos habitaban la encontraron *"muy poblada de naturales"* (Rec..., p. 22), resaltando entonces Sarmiento su desaparición de esta forma: *"¡Ay de los pueblos que no marchan! (...) Tres siglos han bastado para que sean borrados del catálogo de las naciones los huarpes"* (Rec..., p. 22). En realidad habla de lo que sucedía en aquel entonces en Cuyo a través del recuerdo de los huarpes: *"¡Ay de vosotros, colonos, españoles rezagados! Menos tiempo se necesita para que hayáis descendido de provincia confederada a aldea, de aldea a pago, de pago a bosque inhabitado. Teníais ricos antes (...) ¡Ahora son pobres todos! (...) Hoy no tenéis ya ni escuelas siquiera, y el nivel de la barbarie lo pasean a su altura los mismos que os gobiernan"* (Rec..., p. 22).

La crisis y decadencia de la "familia colonial" son presentadas por Sarmiento como emergentes del nuevo orden. Si no se adaptan a los cambios su destino es la oscuridad, la caída: *"Aquellas antiguas castas que atravesaban siglos contando el número de sus antepasados (...) han desaparecido ya por fortuna (...) Las antiguas familias coloniales han desaparecido en la República Argentina: en Chile se agarran todavía de la tierra y resisten al nivel del olvido que quiere pasar sobre ellas"* (Rec..., p. 26). Sin embargo, no todo está perdido para esas familias: su posibilidad de supervivencia está relacionada con la "ilustración" de algunos de sus miembros. Cuando relata la historia de la familia Albarracín describe cómo algunos de sus integrantes *"andan ya de poncho con el pie en el suelo, ganando de peones real y medio por día"*. Pero a la vez pone de relieve a aquellos que siguieron el camino de las luces: *"Y, sin embargo, esta familia ha ocupado un lugar tan distinguido durante la colonia española, y de su seno han salido altos y claros varones que han honrado las letras en los claustros, en la tribuna de los congresos, y llevado las borlas de doctor, o la mitra (...) los Albarracines (...) tienen la fama de transmitir de generación en generación aptitudes intelectuales que parecen orgánicas"* (Rec..., p. 32). Las fortunas se evaporan cuando el rey no está para "protegerlas" y cuando no hay progreso que las alimente: *"Carriles, Rosas, Rojos, Oros, Rufinos, Jofrés, Limas y tantas otras familias poderosas, yacen en la miseria y descienden de día en día a la chusma desvalida. Las colonias españolas tenían su manera de ser, y lo*

pasaban bien bajo la blanda tutela del rey (...) Os estáis suicidando; dentro de diez años, vuestros hijos serán mendigos o salteadores de caminos" (Rec..., p. 38).

Influencias en Sarmiento de la nueva cultura

A pesar de sus limitaciones intelectuales y de instrucción, fueron sus padres quienes le despertaron al niño Domingo la pasión por la educación y por la lectura. Recordando sus días en la escuela, Sarmiento afirma: *"...permanecí nueve años sin haber faltado un solo día bajo pretexto ninguno, que mi madre estaba ahí, para cuidar con inapelable severidad de que cumpliera con mi deber de asistencia" (Rec..., p. 113).* A la temprana edad de cinco años ya leía de corrido y en voz alta, lo que despertaba la curiosidad de propios y extraños. Incluso Sarmiento comenta que lo llevaban de casa en casa para escucharlo leer. ¿Cómo había ese niño aprendido a leer tan pronto? Sarmiento lo devela: *"... había un secreto detrás de bastidores (...) Mi pobre padre, ignorante, pero solícito de que sus hijos no lo fuesen, agujoneaba en casa esta sed naciente de educación, me tomaba diariamente la lección de la escuela, y me hacía leer sin piedad por mis cortos años Historia crítica de España por don Juan Masdeu, en cuatro volúmenes, el Desiderio y Electo, y otros libros abominables que no he vuelto a ver (...) Debí, pues, a mi padre, la afición a la lectura (...) y si no pudo después darme educación por su pobreza, diome en cambio (...) el instrumento poderoso con que yo por mi propio esfuerzo suplí a todo..." (Rec..., p. 113).* Igualmente, Sarmiento hace una distinción entre las influencias recibidas por parte de su madre y de su padre. Cuando comenta las razones de su inicial vocación sacerdotal explica: *"Por mi madre me alcanzaban las vocaciones sacerdotales; por mi padre se me infiltraban las ideas y preocupaciones de aquella época revolucionaria..." (Rec..., p. 118).* La madre aparece como una clara representante de la cultura de antiguo régimen: *"(...) es el verdadero tipo de cristianismo en su acepción más pura, la confianza en la Providencia fue siempre solución a todas las dificultades de la vida".(6)*

El presbítero José de Oro, maestro y compinche de Sarmiento, lo indujo a disfrutar del diálogo y de la escritura, además de interesarlo en la "cosa pública": *"Mi inteligencia se amoldó bajo la impresión de la suya, y a él debo los instintos*

por la vida pública, mi amor a la libertad y a la patria" (Rec..., p. 39). Oro lo llevó a la escuela, le enseñó latín, religión, historia y geografía, discutió con él temas varios y lo dejó, a los quince años, *"con la razón formada (...) valentón como él (por Oro), insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco y vanidoso, honrado como un ángel..."*, según reconoce Sarmiento en *Recuerdos de provincia* (Rec..., p. 3). También hay un amplio reconocimiento para Oro en *Mi Defensa*: *"Creo deberle a él una gran parte de mis ideas generales, mi amor a la patria y principios liberales"*. (7) Con Oro Sarmiento ejercitaba la gramática, en lo que habían dado en llamar "diálogo entre un ciudadano y un campesino". Obviamente, Sarmiento era el "ciudadano".

Cuando Oro tuvo que emigrar a San Luis tras la batalla de Las Leñas, Sarmiento lo siguió, dejando la carrera de ingeniería que había comenzado: *"Nos queríamos como padre e hijo, y yo quise seguirlo"* (Rec..., p. 45). Fue entonces que, juntos, fundaron una escuela en la que Sarmiento, siendo el menor de todos con sus quince años, era el maestro. Siguiendo a Franklin y a las pocas enseñanzas que le habían dejado los tres meses de ingeniería, se animó a trazar una villa con una plaza triangular. *"Por qué rara combinación de circunstancias mi primer paso en la vida era levantar una escuela y trazar una población..."*, reflexiona Sarmiento en *Recuerdos de provincia* (Rec..., p. 45).

En 1827, con 16 años, Sarmiento era presentado por José de Oro, como un miembro de la familia, a su hermano fray Justo de Santa María de Oro. Sarmiento lo admiraba por varias razones, entre otras por haber sido diputado al Congreso de Tucumán representando a la provincia de San Juan, *"junto al ilustre Laprida"* y por haber puesto su firma en el *"acta de emancipación de las Provincias Unidas"* (Rec..., p. 48). Sarmiento resalta que Oro *"en una provincia oscura, destituida de recursos"* estableciera una catedral, un seminario conciliar, un colegio para laicos, y un monasterio abierto a la educación de las mujeres. Más tarde fray Justo le recomendaría a su hermana que le confiara la educación de su hijo a Sarmiento, y de esa tarea saldría el programa de enseñanza y el intento del colegio de pensionistas de Santa Rosa, abierto el 9 de julio de 1838 y cerrado luego de dos años de trabajo.(8)

Domingo de Oro, hijo de Don José Antonio, quien a su vez era hermano del presbítero, es otro personaje que lo cautivó. De él dice nada menos que es *"la palabra viva"*, y lo presenta como la síntesis de lo que iba a ser el argentino por

venir: *"Oro ha dado el modelo y el tipo del futuro argentino, europeo hasta los últimos refinamientos de las bellas artes, americano hasta cabalgar el potro indómito: parisiense por el espíritu, pampa por la energía y los poderes físicos"* (Rec..., p. 58). En este hombre, al cual había conocido en Chile durante el año 1841, Sarmiento ve la confluencia de las dos culturas que él ansiaba amalgamar: la europea y la americana. Con Domingo de Oro Sarmiento compartía la visión crítica sobre el gobierno de Rosas, como deja ver en varios pasajes de *Recuerdos de provincia*.⁽⁹⁾

En los Oro, entonces, Sarmiento ve representado el comienzo de la transición del antiguo al nuevo régimen. En ellos se hacen presentes la teología, la independencia, la guerra civil, Rosas y el destierro.⁽¹⁰⁾ En cambio, en la figura del Deán Gregorio Funes afirma ver un paso más adelante en la transición: *"...hay una persona que es a la vez el término medio entre la colonia y la República"* (Rec..., p. 72). Funes es un digno y destacado representante de lo que Sarmiento llama la "generación intermedia", a la que describe con "dos caras". La que más lo seduce es, obviamente, la cara que mira hacia el futuro, es decir, la que predice las transformaciones que vivirán las ideas de esos personajes.

Funes era un típico exponente ilustrado del antiguo régimen (sacerdote educado por los jesuitas, instruido en España bajo el reinado de Carlos III, de familia bien posicionada socialmente y habitante de la "cultura" Córdoba colonial), pero se distinguía por atreverse a incorporar las herramientas del progreso: como rector del colegio Monserrat y del cancelariato de la universidad de Córdoba impulsó el estudio de letras, matemáticas, física experimental, geografía, música y francés. *"La educación dejó de ser teocrática en sus tendencias y degradante en su disciplina"*, escribe Sarmiento en referencia a los aportes de Funes (Rec..., p 76) . Esas políticas seguidas por el deán, de fuerte tono reformista para la época y que despertaron no poca resistencia, significaban para Sarmiento que Funes se proyectaba hacia el nuevo régimen.

Todo esto sucedía antes de 1810. Con la revolución en Buenos Aires se corroboraría el compromiso de Funes con lo que se avecinaba. Sarmiento relata cómo, en la junta cordobesa reunida para analizar los sucesos en la capital del Virreinato, Funes fue el único que votó a favor del movimiento revolucionario: *"...arrojó las muletas del disimulo y se declaró americano, argentino, patriota y*

revolucionario" (Rec..., pp. 79 y 80). Más adelante, Sarmiento cita el manifiesto en el que Funes daba cuenta de los trabajos del Congreso que había sancionado la Constitución de 1819 -el dean fue presidente del Congreso Constituyente- resaltando expresiones en las que identifica a la educación como el motor que permitiría dejar atrás el antiguo régimen.(11) En él ve Sarmiento materializada la figura del *"precursor de la revolución americana en su manifestación más bella, en reformador de las ideas coloniales"* (Rec..., p. 88). Esto parece sugerir que Sarmiento veía la entrada en el nuevo régimen con cierta gradualidad: prefería reformar las ideas coloniales a desterrarlas abruptamente.

El perfil de su tío José Manuel Eufrasio de Quiroga Sarmiento, obispo de Cuyo, no lo entusiasma sobremanera, incluso cuando se ocupa de él lo hace con fina ironía. Le reconoce haberle enseñado a leer cuando tenía cuatro años, pero lo describe como *"un viejo soldado de la Iglesia"*, e incluso como *"ejecutor pasivo de los progresos obrados por otros más osados"* (Rec..., p. 90). Junto a su tío, que *"ha confesado cuatro horas al día durante cuarenta años"*, Sarmiento fue monaguillo durante su infancia (Rec..., p. 92).

La caída del antiguo régimen en el hogar

Desde muy joven Sarmiento se vio obligado a ocupar un rol central en el seno de su familia: *"Desde la temprana edad de quince años he sido el jefe de mi familia. Padre, madre, hermanas, sirvientes, todo me ha estado subordinado, y esta dislocación de las relaciones naturales ha ejercido una influencia fatal en mi carácter. Jamás he reconocido otra autoridad que la mía... (...) nunca carga alguna ha sido más gustosamente llevada".*(12) Cuando se refiere a su madre lo hace con una enorme ternura. De ella dice que *"sabía leer y escribir en su juventud"* y la presenta dueña de una inteligencia *"poco cultivada"* aunque *"clara"* (Rec..., p. 92). Tras preguntarse quien había instruido a su madre llega a un clérigo sanjuanino, José Castro, de quien se ocupará en profundidad. En sus comentarios doctrinales -predicaba seis días a la semana- Sarmiento creyó ver a alguien impregnado de la filosofía de su tiempo: *"...me hacen sospechar que aquel santo varón conocía su siglo XVIII, su Rousseau, su Feijóo, y sus filósofos, tanto como el Evangelio"* (Rec..., p. 9). Por eso considera las ideas religiosas de

su madre como reflejo de esa influencia que sobre ella tuvo Castro, a quien consideró un reformador de las ideas religiosas. La llegada de 1810 y de la revolución lo encontró, aunque joven y liberal, del lado de los leales al Rey.

Ambas familias, la de su madre y la de su padre, estaban a la deriva: *"...la noble obrera se asoció en matrimonio, a poco de terminada su casa, con don José Clemente Sarmiento, mi padre, joven apuesto, de una familia que también decaía como la suya..."* (Rec..., p. 100). A su padre le reconoce *"mil cualidades buenas"*, pero se encarga de dejar en claro lo que no le gustaba de él: *"...peón en la hacienda paterna de La bebida, arriero en la tropa, lindo de cara y con una irresistible pasión por los placeres de la juventud, carecía de aquella constancia maquina que funda las fortunas, y tenía, con las nuevas ideas venidas con la revolución, un odio invencible y rudo en que se había creado"* (Rec..., p. 100). El hogar era mantenido básicamente por la madre, y en él la pobreza y la austeridad eran moneda corriente.

"La casa de mi madre, la obra de su industria...", escribe Sarmiento para plasmar el reconocimiento por el esfuerzo que les permitió tener un techo, aunque humilde (Rec..., p. 10). El telar y la perseverancia de su madre lo habían hecho posible. En este contexto, el rol de la higuera que había en el patio, cerca de la puerta de entrada, no puede ser considerado como menor. Esa higuera le había dado sombra al telar, con cuyo trabajo se había podido construir la casa. ¡Pobre higuera, el espíritu de "reforma" acabaría con ella! Sucede que en la nueva situación la higuera ya no quedaba bien, estaba *"descolorida y nudosa"* según el relato de Sarmiento (Rec..., p. 110). Pero sucede que para su madre no era sólo una higuera: en ella veía a una testigo y compañera de todos sus esfuerzos. Pero el devenir de los acontecimientos determinaría que le había llegado su hora, a pesar del dolor que sentía Doña Paula: *"... oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol (...) Fue éste un momento tristísimo, una escena de duelo..."* (Rec..., p. 111). Este episodio se convirtió en símbolo del proceso de adaptación al *nuevo régimen*. En el fin de la higuera puede verse la crisis del *antiguo régimen*. Más tarde rodearían de tapias el terreno, lo harían productivo, y plantarían cien arbolillos donde había estado la higuera, personaje central de la historia colonial de la familia.

Las agentes propagadoras del cambio dentro del núcleo familiar de Sarmiento fueron sus hermanas: *"Estas ideas de regeneración y de mejora personal (...)"*

entraron a la casa por las cabezas de mis hermanas (...) empezaron a aspirar las partículas de ideas nuevas, de belleza, de gusto, de comfortable, que traía hasta ellas la atmósfera que había sacudido y renovado la revolución" (Rec..., p. 107). Y su madre estaba condenada a soportar y a adaptarse, no sin sufrimiento, a esas transformaciones: "... entonces hubo una revolución interior que costó dos años de debate y a mi madre gruesas lágrimas al dejarse vencer por un mundo nuevo de ideas, hábitos y gustos que no eran aquellos de la existencia colonial de que ella era el último y más acabado tipo" (Rec..., p. 106).

El retiro de las imágenes de los dos santos dominicos que colgaban de una pared principal de la casa (retratos de Santo Domingo y San Vicente Ferrer) también es paradigmático. Y otra vez las hermanas de Sarmiento aparecen como las impulsoras de la modernización. Esos santos afeaban el cuarto y eran de mal gusto, según la opinión de las hermanas. *"Pero la revolución venía ensañándose contra los emblemas religiosos. (...) Familias devotísimas escondían sus cuadros de santos por no dar muestra de mal gusto en conservarlos..."*, aclara Sarmiento (Rec..., p. 108). Les costó, pero finalmente las hermanas terminaron por torcerle el brazo a su madre, y los santos fueron descolgados. Luego de esto, la "reforma" hogareña seguiría con el crimen de la higuera.

Cuando termina de relatar estos episodios, representativos del fin de una época en el ámbito familiar, Sarmiento reconoce que comienza un nuevo momento en su vida y en la de su familia: *"Aquí termina la historia colonial, llamaré así, de mi familia. Lo que sigue es la transición lenta penosa y de un modo de ser a otro (...) a la historia de mi familia se sucede, como teatro de acción y atmósfera, la historia de la patria..."* (Rec..., p. 112). El año 1810 disparaba nuevos desafíos y oportunidades. Para Sarmiento, que había nacido nueve meses después de la revolución de mayo, se trataba de *"la perspectiva crepuscular de una nueva época..."* (Rec..., p. 112).

Las experiencias de un autodidacta

No haber podido ser uno de los seis jóvenes sanjuaninos enviados a Buenos Aires a estudiar al Colegio de Ciencias Morales, becados por el gobierno de Bernardino Rivadavia, representó una frustración en aquellos juveniles años

para Sarmiento. Incluso llega a culpar a la fatalidad: *"puede decirse que la fatalidad intervenía para cerrarme el paso"* (Rec..., p. 121). Pero probablemente esos traspiés lo hayan incentivado aún más a instruirse por su cuenta. Con la formación adquirida junto al presbítero Oro a costas, en 1826 ingresaba como dependiente de comercio en una tienda. Fue entonces que se potenciaría su avidez por la lectura: *"... me lancé entonces en la lectura de cuanto libro pudo caer en mis manos, sin orden, sin otro guía que el acaso que me los presentaba, o las noticias que adquiriría de su existencia en las escasas bibliotecas de San Juan"* (Rec..., p. 125). Le interesaban la historia antigua, la geografía, la moral, la política y la religión, entre otros rubros. Diversas lecturas fomentaron entonces, en palabras del mismo Sarmiento, una *"educación razonada y eminentemente religiosa, pero liberal, que venía desde la cuna transmitiéndose desde mi madre al maestro de escuela, desde mi mentor Oro hasta el comentador de la Biblia, Albarracín"* (Rec..., p. 123).

Podría afirmarse también que las experiencias de la vida misma lo fueron "moldeando" en la nueva cultura. A los dieciséis años terminó en la cárcel porque se quejó de una guardia que le mandaron a hacer. Cuando relata el entredicho con Manuel Quiroga, coronel del ejército de Chile y gobernador de San Juan, quien terminaría enviándolo tras las rejas, Sarmiento comienza haciendo una tajante confesión: *"A los dieciséis años de mi vida entré en la cárcel, y salí de ella con opiniones políticas..."* (Rec..., p. 130). También aparece determinante su participación en la guerra civil, a la que recuerda como un hito fundamental en su vida: *"Fue para mí aquella la poesía, la idealización, la realización de mis lecturas. Joven de dieciocho años, imberbe, desconocido de todos, yo he vivido en el éxtasis permanente del entusiasmo..."*, escribe Sarmiento con referencia a su incursión en la campaña de Mendoza (Rec..., p. 132).

Esta ilustración autodidacta, en la que las circunstancias de la vida jugaron un rol relevante, además de la ajustada situación personal en lo económico, eran los factores que lo llevaban a verse reflejado en Franklin. Sarmiento entiende al proceso de formación intelectual como un arduo camino a enfrentar con perseverancia y en el que de golpe se comienzan a ver los frutos. Así lo empezó a notar a medida que avanzaba la década del '30: *"¿Cómo se forman las ideas? Yo creo que en el espíritu de los que estudian sucede como en las inundaciones"*

de los ríos, que las aguas al pasar depositan poco a poco las partículas sólidas que traen en disolución, y fertilizan el terreno (...) Hice entonces (...) mis dos años de filosofía e historia, y concluido aquel curso, empecé a sentir que mi pensamiento propio (...) empezaba a moverse y a querer marchar" (Rec..., pp. 128 y 129).

Sarmiento fue testigo de cómo se derrumbaba el *antiguo régimen*. Admiró a algunos miembros de la generación intermedia, los protagonistas de la "transición". Pudo comprobar este proceso en su experiencia personal, incluso familiar y hogareña, y lo dejó plasmado en *Recuerdos de provincia*. A pesar de sus carencias se las ingenió para estudiar e ilustrarse. Y se fue formando en la nueva cultura, lo que es decir en el *nuevo régimen*, como un intelectual "liberal" preocupado por orientar a la sociedad "de arriba hacia abajo". Y en este perfil de hombre que Sarmiento quiso ser, ocupaban un lugar privilegiado la prensa y los escritos, pensados como vehículos para llevar sus ideas a los demás. Su experiencia familiar, sus influencias, los pensamientos que lo invadían, todo es puesto al descubierto en *Recuerdos de provincia*. Como reconoce Sarmiento hacia el final del libro: "*El espíritu de los escritos de un autor, cuando tiene un carácter marcado, es su alma, su esencia*" (Rec..., p. 159).

Notas:

(1) **Sarmiento, Domingo Faustino:** *Recuerdos de Provincia*, Navarra, Salvat Editores, 1970, p. 92. (Las citas dentro del texto se hacen entre paréntesis, señalando la página correspondiente).

(2) En *Mi defensa*, de 1843, se defiende de los ataques de Domingo S. Godoy.

(3) "*He nacido en una provincia ignorante y atrasada (...) en una familia que ha vivido largos años en una mediocridad muy vecina de la indigencia*". **Sarmiento:** *Mi defensa*, En: *Obras Completas*, Buenos Aires, Editorial Luz del Día, 1948, Tomo X, p. 6.

(4) *Mis pobres estudios han sido pues desordenados e incompletos, pero a este desorden mismo debo grandes ventajas, pues que no teniendo maestro ni más guía que mi propio juicio, yo he sido siempre el juez más bien que el admirador de la importancia de un libro, sus ideas, sus principios. De esta falsa proposición ha nacido la independencia de mi pensamiento...*", **Sarmiento:** *Mi defensa*, p. 11.

(5) "*¿No sé yo, hoy examinador universitario, lo que en los colegios se enseña?*" **Sarmiento:** *Recuerdos...*, p. 129.

(6) **Sarmiento:** *Mi Defensa*, p. 6.

(7) **Sarmiento:** *Mi Defensa*, p. 8.

(8) Ver *Rec uerdos...*, p. 53.

(9) Ver *Recuerdos...*, pp. 69 y 70.

(10) Ver *Recuerdos...*, p. 72.

(11) De las *Sesiones del Congreso* de 1819: "*...el despotismo del antiguo régimen, cuyos estragos son siempre la incultura, la esterilidad y el desierto de los campos (...) la*

ignorancia es la causa de esa inmoralidad que apoca todas las virtudes". Sarmiento: Recuerdos..., p. 84.
(12) **Sarmiento: Mi Defensa**, p. 21